

Infortunio

Hace años existió una hacienda infinitamente grande, muy hermosa. Había grandes árboles de diferentes especies, frutales, pinos, alerces, colihues, etc. En las cercanías se encontraba un río de aguas muy claras, algo torrentoso, su ruido era como susurros admirables, con profundas piedras que se podían admirar desde la superficie, y se asemejaban a adornos de diferentes colores. El dueño, Don Aníbal, habitaba en una inmensa casona, aquel lugar era impresionante, y en él habitaba su familia; su esposa y una sola hija de ocho años. La niña parecía un ángel, su pelo rubio, ojos claros, de piel muy blanca, tierna y delicada, de nombre Catalina. La querían muchísimo, todos los empleados la cuidaban.

Cierto día, Catalina confesó a su padre que deseaba tener un caballito, ya que en la estancia había una gran caballeriza con hermosos ejemplares su padre sugirió que escogiera uno, pero ella dijo: "Deseo tener uno que sea sólo mío".

El padre salió con Catalina con la idea de cumplir su pedido, fueron a una parcela cercana para elegir lo que ella quería. Allí vio tantos ejemplares, los había negro azabache, de pelaje brillante, otros de color miel, blancos con manchas o sin ellas, otros más rubios con hermosa cabellera, y en su búsqueda de repente fijó su mirada en una potranca, su corazón palpité rápidamente ante aquella imparable figura, era un ser muy delicado y de finísimas patas, hermosa carita con ojos vivaces, su pelaje muy claro y perfecto, su frente era adornada por cabellos que parecían chasquilla.

Muy entusiasmada, Catalina dijo: “Papá, la quiero. Su nombre será Bella”. De esta forma llegó a ser la preferida de Catalina, solamente ella la sacaba de paseo por el corral, acariciaba su pelaje y le conversaba amigablemente caminando a su lado.

Fueron pasando los días, por las noches se imaginaba cómo sería cuando pudiera cabalgar con ella montando por cada sitio y lugares hermosos, estar cerca del río descansando, respirando el fresco aire bajo algún árbol.

Una mañana la niña se despertó muy temprano sintiendo inquietud y miedo, por lo que, se levantó rápidamente y fue en busca de su papá, pidiéndole que la llevara junto a Bella. Llegaron al corral, pero su sorpresa fue que no la encontraron. Ante esto, Don Aníbal envió a sus empleados para buscarla, quienes recorrieron cada lugar de la hacienda durante todo el día, y ya cuando estaba anocheciendo, comunicaron al patrón que fue imposible localizarla, solamente quedaron algunos peones haciendo turno durante la noche, y así fueron pasando los días, con Catalina llorando mientras llamaba a su querida Bella, pero todo fue inútil.

En el pueblo cercano a la hacienda se comentaba que unos cuatreros estaban robando ganado, y que ahí se encontraba un bello ejemplar con las mismas características de Bella, así los empleados supieron semanas después que se habían robado a la adoración de Catalina, llevándola lejos. Al venderla, Bella cayó en manos de un cruel hombre, el cual ordenó cruzarla siendo aún demasiado joven. Debido a esto, Bella falleció de tanto sufrimiento, dando a luz a un hermoso potrillo, al cual llamaron “León”, porque a pesar de su complicado nacimiento, creció fuerte.

Sin embargo, este hombre abusivo lo puso a trabajar en una carreta, cargando troncos, fardos de pasto o frutas recopiladas de su campo, su alimento era limitado y muchas veces carecía de agua, el pobre sufría en silencio, por las noches no dormía, tenía llagas en su cuerpo debido a las pesadas cargas que debía obligadamente trasladar, se veía triste y sus ojitos parecían llorar.

Recordando a Catalina, ella aún no podía olvidar a Bella, su padre salió camino al pueblo y escuchó una triste noticia, se comentaba sobre una potrancia robada y vendida a un salvaje campesino que la hizo cruzar, muriendo la yegua al dar a luz, más tarde el potrillo fue llamado León, el cual era explotado por su malvado dueño, a quien no le importaba que el caballo estuviera muy enfermo. A causa de estos comentarios el padre se preguntó si se trataría del mismo hombre que compró a Bella y si acaso aquel desafortunado caballo sería su hijo. Aquí comenzó la búsqueda de aquel inconsciente campesino.

Después de muchas interrogantes, los empleados de Don Aníbal llegaron a la vivienda de este hombre, quien lógicamente él negó todo, pero los trabajadores que fueron interrogados les indicaron donde se encontraba León, que estaba encerrado en un cuarto oscuro y mal oliente, sin alimento ni agua y muy delicado de salud.

Decididos a rescatarlo, los empleados se llevaron a León en un camión, y fueron camino a la hacienda.

Ladrón que roba ladrón tiene cien años de perdón.

Llegaron a la hacienda con el desvalido animal, Catalina derramando lágrimas de dolor y alegría no podía creer lo que veía, era León, el hijo de Bella, estaba demasiado flaco y sucio, el cansancio se notaba en todo su cuerpo. Rápidamente buscaron un veterinario, el cual limpió sus heridas y le administró medicamentos. Luego de varios meses, León no era el mismo que llegó a casa el día de su rescate, se había recuperado por completo gracias a los cuidados y el amor de su nueva familia. Catalina admiraba el parecido que tenía con su madre, su piel, el cabello largo en su frente, sus llamativos ojos; se veía fuerte y musculoso. Así, Catalina pasaba la mayor parte del tiempo cuidándolo, le entregaba cariño, conversaba con él y caminaba a su lado recordando a su querida Bella.

Fin.